

La vida rural a través de la memoria histórica española del siglo XX: el caso de *La tierra desnuda* de Rafael Navarro de Castro

Rural life through 20th century Spanish historical memory: the case of *La tierra desnuda* by Rafael Navarro de Castro

JUAN GARCÍA-CARDONA

Universidad de California en Davis

jcardona@ucdavis.edu

ORCID: 0000-0002-4382-9818

Recibido/Received: 17/05/2023. Aceptado/Accepted: 01/08/2023.

Cómo citar/How to cite: García-Cardona, Juan, “La vida rural a través de la memoria histórica española del siglo XX: el caso de *La tierra desnuda* de Rafael Navarro de Castro”, *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, 21 (2023): 109-138. DOI: <https://doi.org/10.24197/sxxi.21.2023.109-138>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

Resumen: En este trabajo se propone un análisis de la figura del campesino en la ficción literaria, concretamente en la novela *La tierra desnuda* (2019) de Rafael Navarro de Castro. Se parte de la España profunda para alcanzar dos objetivos: por un lado, examinar la ficción como material de construcción de la memoria; por otro, observar cómo interactúan la memoria histórica española del siglo XX con el modo de vida rural en proceso de desaparición. Se constata, a lo largo del estudio, una validación del material ficcional y una vinculación indivisible entre la vivencia campesina y la situación política española.

Palabras clave: rural; campesino; memoria histórica; siglo XX; España vaciada

Abstract: This paper proposes an analysis of the figure of the peasant in literary fiction, specifically in the novel *La tierra desnuda* (2019) by Rafael Navarro de Castro. The starting point is the deep Spain in order to achieve two objectives: on the one hand, to examine fiction as a material for the construction of memory; on the other hand, to observe how the Spanish historical memory of the 20th century interacts with the rural way of life on the verge of disappearing. Throughout the study, a validation of the fictional material and an indivisible link between the peasant experience and the Spanish political situation are observed.

Keywords: rural; peasant; historical memory; 20th century; Emptied Spain

Sumario: El nacimiento durante la Segunda República. La infancia durante la Guerra Civil. La madurez durante el franquismo. La senectud durante la Transición. Conclusiones.

Summary: Introduction. Birth during the Second Republic. Childhood during the Civil War. Maturity during the Franco regime. Senescence during the Transition. Conclusions.

INTRODUCCIÓN

La novela de Rafael Navarro de Castro, primera y única del autor hasta el momento, narra la biografía al completo de Blas, un campesino que nace en el año 1932 a lomos de una mula, y cuya vida se enmarca en periodos históricos fundamentales en el pasado reciente de España. Desde una mejora de las condiciones laborales agrícolas que la Segunda República parecía traer, transita por el terror propagado por la Guerra Civil a lo largo de los valles, sufre la opresión candente del régimen franquista y se ofusca ante la continuidad impulsada por la Transición. El relato también enfoca otros sucesos actuales como la crisis del 2008, si bien el presente estudio se centra en aquellos hechos que forman parte de la memoria histórica española. Blas nace y muere en el pueblo, a pesar de la marcha de la mayoría de los vecinos, entre los que se incluyen sus hijas, en favor de unas mejores condiciones en la ciudad. La novela propone un paralelismo que asocia a Blas con el modo de vida rural; cuando el campesino se encuentra moribundo, también lo está una forma de subsistir abocada al olvido en territorios inmersos en un galopante proceso de despoblación. El contexto político no puede dissociarse de este modo de vida, que actúa como una suerte de paisaje durante la novela. Además, *La tierra desnuda* responde a una corriente que ha enfocado la despoblación desde que el debate trascendiese a nivel nacional, a través de la que una serie de autores jóvenes y comprometidos han situado sus historias en terrenos enmarcados en la España vaciada. Junto a Navarro de Castro, otros autores pertenecientes a esta corriente son, por ejemplo, Sara Mesa, Santiago Lorenzo, Irene Solà, Ana Iris Simón, María Sánchez, Jesús Carrasco o Elvira Valgañón.

El presente trabajo posee dos objetivos principales. El primero de ellos consiste en analizar si la ficción, en este caso *La tierra desnuda*, resulta válida para la reconstrucción de la memoria histórica. En este sentido, diversos autores han llevado a cabo investigaciones sobre novelas que tratan de manera directa episodios cruciales de la historia de España, como Luengo (2004), cuyo libro tiene el propósito de “observar en qué medida

cada una de las novelas tratadas cooperaban en el avance en la recuperación de la memoria” (273). Lauge Hansen y Cruz Suárez (2012), a su vez, estudian novelas sobre la Guerra Civil española y el franquismo entre 2000 y 2010, llegando a la conclusión de que estas novelas se desarrollan “en diálogo con los discursos sociales de la historiografía, el periodismo y el debate político. A través de dicho diálogo, los discursos ficticios han contribuido a la construcción de la ‘memoria cultural’ de este período” (29). En la misma línea, Faber (2018) estudia la obra de académicos, activistas, fotógrafos, escritores y cineastas para demostrar cómo sus producciones artísticas han ayudado a modificar y a abrir el debate sobre el pasado violento de España en los últimos 15 años. A través de este marco teórico, la investigación de la novela propuesta se basa en el estudio de los elementos de los que Navarro de Castro hace uso para representar la situación del campesino español durante las distintas etapas políticas a partir de 1930: la Segunda República, la Guerra Civil, la dictadura de Franco y la Transición política a la democracia. Muchos de los componentes que describen estos periodos tienen la intención de mostrar una España rural azotada por el estamento político, donde la represión es el lenguaje común, y en la que no era posible mantenerse neutral. Se contemplan tanto los aspectos que Navarro de Castro selecciona en el desarrollo del entorno rural de su novela como las ausencias.

En segundo lugar, y tras determinar si el material novelístico ficcionalizado queda validado para reconstruir la memoria, se analiza la interacción entre lo rural y la memoria histórica. Las vivencias de Blas se enmarcan en una tradición colectiva campesina originada en la creatividad del autor, pero que parece tener unos sólidos cimientos por el amplio bagaje de Navarro de Castro, habitante de un pequeño pueblo de Granada llamado Monachil. La aldea de Blas parece situarse también en la provincia de Granada, pues, como veremos a continuación, García Lorca es mencionado como el poeta de su ciudad; no obstante, el nombre del pueblo andaluz en el que Blas habita no es mencionado durante la obra, probablemente en un afán de generalización. Por ello, resulta de interés acercarse a *La tierra desnuda* como una revisión de la memoria histórica rural del siglo XX a través de la óptica del autor. Liikanen (2012) señala cómo los literatos “han participado activamente en la lucha discursiva sobre la interpretación del pasado” (43), como medio para dar voz a los marginados de la historia, en este caso los vencidos, y que su memoria sea transmitida a las siguientes generaciones. La labor literaria es, por tanto,

fundamental, y más en estos lugares en proceso de despoblación que pronto se convertirán en recuerdos lejanos oteados desde la gran ciudad. Se trata, en definitiva, de interesarnos por las historias de las víctimas y sobrevivientes de este periodo, de devolverles la agencia y la palabra, sin cuya comprensión la reconciliación nacional es un imposible (Labanyi, 2006).

1. EL NACIMIENTO DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Los primeros compases de la novela giran en torno a la Segunda República, instaurada un año antes del nacimiento de Blas, 1931, época durante la que aún no es consciente del ambiente político a su alrededor. Este periodo es uno de los más limitados en la narración, y enfoca el estado de los campesinos durante la época sin detenerse en categorizar u ordenar cronológicamente los cambios en el mundo agrario. Resulta conveniente una breve revisión de la *Ley de Reforma Agraria*, establecida en 1932, y cómo afectó al panorama rural de la época. Con el primer bienio o bienio reformista, los esfuerzos por paliar la desigualdad social entre los campesinos y latifundistas llevaron al ministro de Agricultura, Marcelino Domingo, a promover un proyecto basado en la distribución de la tierra, la solución del paro rural o el crecimiento de la superficie mediante la expropiación. El gobierno republicano había llegado al poder con un abultado déficit presupuestario. Por este motivo, la mejora de las condiciones en el campo solo podía lograrse reajustando la desigualdad social; esto es, a través de los agricultores ricos (Preston, 2018). En definitiva, esta ley venía a solidificar los esfuerzos llevados a cabo dos años antes por Largo Caballero mediante sus “Decretos agrarios”, que limitaba el horario laboral de los jornaleros a 8 horas o priorizaba la contratación de jornaleros procedentes del mismo municipio en el que se cultivan las tierras.

Como afirma Riesco Roche (2006), la relación de dependencia, e incluso sumisión, existente en el mundo agrícola entre patronos y obreros, dio paso a un relativo equilibrio de fuerzas; las consecuencias de este hecho se observan en el temor creciente de los terratenientes que veían peligrar su poder económico y social. Aunque esta reforma daba esperanzas de un cambio significativo en el entorno agrario, la realidad es que no se consiguieron grandes avances, pues no gozó de margen para la aplicación de sus bases. Con la CEDA en el poder, en 1934, comienza el denominado segundo bienio o bienio conservador, bajo el que se detiene

el proceso emprendido por el gobierno anterior. Concretamente el ministro de agricultura Nicasio Velayos, bajo la presidencia de Lerroux en 1935, presenta en las cortes la *Ley para la Reforma Agraria*, que supuso la paralización definitiva de las reformas agrarias emprendidas en el año 32. El fracaso de esta reforma parece situarse en la escasa financiación del IRA (Instituto de Reforma Agraria) desde los inicios de su implantación, y en el malestar de grandes terratenientes, que no estaban dispuestos a ver peligrar su estatus económico privilegiado, e incluso medianos y pequeños propietarios, “atenazados por un infundado temor a la colectivización de sus tierras” (Cobo Romero, 2011: 235).

En la novela de Navarro de Castro, el narrador no desmenuza el panorama de cambios en el mundo agrario de la época, y trata el periodo como un bloque homogéneo que culmina con la siguiente afirmación: “si alguna vez los campesinos pudieron soñar con una vida digna, fue entonces. Luego vinieron las tinieblas y el campo se metió en un túnel del que no parece que vaya a salir nunca” (Navarro de Castro, 2019: 19). La Segunda República es tratada en el relato como la posibilidad de los campesinos de abandonar las opresivas condiciones laborales en las que se encontraban, con jornadas de trabajo infinitas y parcas compensaciones, y se sitúa en el lado de los desfavorecidos en el conflicto rural. A lo largo de la novela, el terrateniente es el enemigo; el propio Blas es un campesino sin tierras que, al igual que su padre, debe ejercer de jornalero en varias ocasiones¹. Este conflicto también aparece reflejado desde los primeros capítulos, y se erige como una de las temáticas constantes en *La tierra desnuda*:

Por primera vez, desde que el mundo es mundo, los campesinos se sacudían de los lomos la opresión y el miedo, como si fuesen pulgas. Desde el otro lado de las rejas que protegían sus cortijos, los terratenientes temían por sus huesos, sus posesiones y sus prerrogativas. La posibilidad, nada desdeñable, de un levantamiento popular que les hiciese pagar caros siglos de explotación y prepotencia les llenaba de pavor y de furia. Los términos se habían invertido. El miedo, lo único que verdaderamente habían poseído, lo único que nadie hasta ahora les había podido quitar, dejó de ser monopolio

¹ El jornal del olivo en la novela de Navarro de Castro, así como el señalamiento del terrateniente explotador, recuerda al célebre poema de Miguel Hernández, “Andaluces de Jaén”: Andaluces de Jaén / aceituneros altivos / decidme en el alma: ¿quién, / quién levantó los olivos? / No los levantó la nada / ni el dinero, ni el señor / sino la tierra callada / el trabajo y el sudor.

de los sin tierra. Liberados de esa carga, la vida era una fiesta y una promesa (24-25).

Uno de los primeros conflictos en la novela gira en torno a las labores de jornalero que el padre de Blas lleva a cabo, en la recolecta de la almendra. La compensación por esta labor es incapaz de cubrir los costes de la renta, a lo que se suma un problema compartido por los habitantes del valle: no les han pagado por el trabajo realizado. Blas ha nacido en una familia de campesinos sin tierras, arrendatarios, y, en consecuencia, en el lado oprimido en la lucha contra los terratenientes. Ante la miseria que suponía el reparto de 690 pesetas entre 115 jornaleros, el cobro por los trabajos realizados se convierte en una cuestión de justicia: “lo que estaba en juego era si las cosas iban a seguir como siempre, con unos cuantos propietarios que imponían la miseria y el hambre para seguir amasando fortunas” (27). Finalmente, aún con evidencias y la ley de su parte, el juez acaba fallando en favor de los terratenientes: los jornaleros nunca cobrarían el dinero por el trabajo de la almendra. Este es el punto de partida de la novela, con dos bandos enfrentados, por un lado los campesinos y los jornaleros, y por otro los terratenientes, que se acomodan en la dicotomía opresor/oprimido. La conciencia de clase del padre de Blas, que su hijo también encarnará en su madurez, sitúa a los protagonistas como agentes resignados ante su incapacidad de luchar contra el poder rural, cuestionado durante la Segunda República y reafirmado durante el franquismo.

Una figura política presente en esta etapa es la de Luis Alegría, alcalde socialista que abogaba por los derechos de los campesinos. En él se reúnen únicamente aspectos positivos: abre escuelas, depura cargos en el ayuntamiento, impide los abusos policiales, se enfrenta a los terratenientes... A pesar de la bondad encarnada por el alcalde, el narrador describe su estancia en el poder con cierto pesimismo, pues, a pesar de sus numerosas acciones a favor de sus convecinos, no fue capaz de ejercer un impacto real en el devenir del pueblo. De hecho, no consigue que los jornaleros, entre los que se encuentra el padre de Blas, obtengan su compensación. Por ello, el autor presenta un panorama donde los terratenientes aún poseen más poder que los estamentos políticos, para los que el alcalde únicamente suponía un dolor de cabeza. Sobre Alegría, concluye lo siguiente: “su actitud valiente y generosa le valió un hueco indeleble en la memoria de este valle y otro, de funestas consecuencias, en el rencor de los poderosos” (28). Luis Alegría se erige en la narración como el caldo de cultivo de los resquemores por parte de los latifundistas y

terratenientes, que poco a poco se adhieren a la causa sublevada ante la posibilidad de ver su posición peligrar.

No solo se establecen en estos primeros capítulos enmarcados hasta el 36 el bando en el que nace Blas, también sirve como preludeo a un tono que se mantiene constante durante toda la novela; hay una clara afiliación ideológica hacia el bando republicano. Tronsgard (2011) afirma que el enfoque artístico contemporáneo de la guerra se sitúa claramente en el lado de la causa republicana, al igual que Gómez López-Quiñones (2006) dedica un libro a algunas de las novelas y filmes canónicos que retratan el conflicto de la Guerra Civil, cuyo punto en común es una posición favorable hacia la Segunda República. Navarro de Castro, en su selección de hechos que conforman la narración de su novela, muestra una cierta nostalgia de un periodo histórico que prometía un incipiente progreso a nivel nacional, y que se vio truncado por el alzamiento militar. Como se ha dicho, *La tierra desnuda* ofrece una visión panorámica del ámbito agrícola y rural en este periodo histórico en el que Blas aún es un niño, y escoge relatar “la voluntad del Gobierno del primer bienio y del Frente Popular por cambiar la estructura de relaciones laborales” (Riesco Roche & Rodríguez-Jiménez, 2016: 126), sin tener en cuenta que en el propio periodo republicano ya hubo detenciones y altibajos en el proceso de aplicación de la *Ley de Reforma Agraria*.

2. LA INFANCIA DURANTE LA GUERRA CIVIL

La Guerra Civil irrumpe en la novela en el tercer capítulo con la llegada del ejército sublevado al pueblo, cuya acción se describe como una toma del ayuntamiento y la búsqueda y captura de los cargos republicanos. “No venían ni a imponer el orden ni a tomar el poder, lo que querían era sangre, sangre roja como todas las sangres” (Navarro de Castro, 2019: 34). Por ello, se introduce un sentimiento de venganza y aniquilación en la toma de los sublevados, que no es respondida por parte del ejército republicano. Son perseguidos, entre muchos, el alcalde Luis Alegría, que huye del lugar, al igual que otras ciento cincuenta personas. El ejército sublevado no pretende reclamar el poder, sino escarmentar y exterminar a todos aquellos que piensan de forma distinta. Marco (2012) describe el prototipo de enemigo de los sublevados en el entorno rural como un varón campesino entre 20 y 40 años con militancia política, sobre el que recaía el peso de la represión, y bien se corresponden con esta tipología los huidos del pueblo; no obstante, son castigados todos aquellos que no se mostraban favorables

a la insurrección militar antes de que ocurriera. Kalyvas (2006) describe el episodio de “Los Olivos” en el sur de España, donde 38 hombres que no estaban activos en el conflicto fueron asesinados por falangistas después de ser denunciados por sus vecinos por tener ideas socialistas.

Esta venganza que se venía cociendo desde años atrás, tiene su origen en la novela en el ya comentado temor de perder el poder socioeconómico de los terratenientes. Como consecuencia de la Guerra Civil, los patrones tomaron vía libre para endurecer aún más las condiciones y desatar los resquemores que habían acumulado sobre aquellos que luchaban por unas mejores condiciones laborales. Preston (2011) relata un episodio en el que un terrateniente salmantino ejecuta a seis jornaleros al inicio del conflicto con la intención de instaurar el miedo y evitar la rebeldía; para las clases altas del medio rural, “los campesinos sin tierra eran una especie infrahumana” (24). En la misma línea, Ortega López (2011) registra la salvaje represión ejercida en el ámbito rural, que “tuvo como principales víctimas a los trabajadores agrícolas y campesinos más pobres de una cantidad de municipios rurales dispersos por toda la geografía española” (292). Por ello, a pesar de permanecer alejados del conflicto, tanto Blas como su familia, en su condición de campesinos pobres, acaban sufriendo la opresión y la violencia de los sublevados.

Los capítulos enmarcados en el conflicto dedican notable atención a los refugiados en las montañas. Sus intenciones residían en evitar la violencia institucionalizada del bando sublevado y en salvar sus vidas (Díaz, 2016). Blas habla de “duendecillos de las montañas” a los que él y su padre van a visitar de vez en cuando. Consigo llevan víveres y otras provisiones, como leña, sin que Blas sepa qué está ocurriendo realmente; su padre es consciente del peligro que corren en estos viajes, que, como mínimo, podrían acabar en pena de cárcel. No solo son ellos: todo el valle se vuelca en la ayuda a los refugiados. Se trataba, en definitiva, de una devolución de favores hacia aquellos que habían tratado de mejorar la situación rural. Se relatan emboscadas de la Guardia Civil, que rondaban animales muertos utilizados como señuelo para cazar a los refugiados en busca de alimento. Blas conoce en primera persona a uno de estos duendes, Alberto Gutiérrez, abogado, del que recibe un profuso agradecimiento por toda su ayuda.

En este contexto aparece el personaje de Manolín, terrateniente por antonomasia y benefactor de la insurrección militar, gracias a la que goza de amplios privilegios. Manolín establece un negocio de trapicheo para aprovecharse de los refugiados, a los que vende comida y otros enseres por

precios desorbitados. Para ello, reporta a la Guardia Civil a todo aquel que ve rondando las montañas en muestra de ayuda a los refugiados; casi sufren tal destino Blas y su padre, a quienes se encuentra Manolín tras sus trapicheos. Para poder continuar con el contrabando, entrega a algunos refugiados de vez en cuando a los guardias. Tanto la figura de Manolín como la de la Guardia Civil son primordiales en *La tierra desnuda*, si bien son desarrollados con amplitud en el periodo franquista que sigue al conflicto civil.

Resulta de interés la construcción de los refugiados en el relato, pues, a pesar de que muchos de ellos constituyeron los cuerpos de guerrillas antifranquistas, Navarro de Castro no otorga a los refugiados un carácter belicista. Solo tratan de sobrevivir mediante el aislamiento en las montañas, pero no muestran visos de formar parte del maquis, una de las mayores fuerzas de resistencia ante el ejército sublevado en el ámbito rural (Marco & Aróstegui, 2008; Baird, 2017), y cuya lucha guerrillera se mantuvo hasta el año 1952, mucho después de la conclusión de la Guerra civil y la instauración del franquismo (Izquierdo, 2002). Tampoco muestra el autor la necesidad de los refugiados, ante la posibilidad de morir de inanición, de saquear cultivos, alimentos e incluso viviendas de distintos pueblos, como han estudiado Anderson y del Arco Blanco (2008). Los refugiados son, por tanto, sujetos pasivos a la merced de la violencia nacionalista, que se limitan a sufrir los precios abusivos de los contrabandistas o a recibir la caridad de los pueblerinos en agradecimiento por su lucha. En cierto modo se resignan a morir de hambre si no hay otro remedio, lo que podría responder a la concepción nostálgica de Navarro de Castro, que restringe todo velo negativo que pueda envolver a la causa republicana.

La violencia se representa en el pueblo de Blas de diversas formas. Algunas enfocan las palizas y las reprimendas; las que más marcan el discurso son las ejecuciones mediante fusilamientos. Graham (2013) sitúa a los alcaldes y diputados republicanos como los principales objetivos de esta ‘limpieza de personas’, si bien, en general, fueron ejecutadas “personas que simbolizaban el cambio cultural y, de este modo, suponían una amenaza para los antiguos modos de ser y pensar: maestros progresistas, intelectuales [...]” (35). Efectivamente, el narrador dedica un breve pasaje a insinuar que el alcalde Luis Alegría fue ejecutado junto a su familia, pues Blas verá años después la cabellera de su mujer tendida en el suelo. A la ejecución que más atención narrativa se presta es a la del maestro de Blas, que fue asesinado sin piedad por el ejército sublevado.

Don José, el profesor, formó parte de siete enjuiciados por ayuda a los refugiados, y fue fusilado contra la pared de la sacristía. Este hecho supone un cambio en el desarrollo de Blas, que abandona la escuela y decide dedicar su vida al mundo rural, aceptando el testigo que su padre le había tendido. Por otro, sume al pueblo en un aferrado ateísmo ante las acciones de los curas, que bendijeron el acto y confesaron a las víctimas y no a los verdugos. El terror se había esparcido por todo el pueblo.

Blas se marcha a la montaña a aprender la labor del pastoreo, y allí entra en contacto con integrantes del ejército sublevado. Son descritos como un grupo de adolescentes armados que no aparentan ser peligrosos desde el punto de vista de Blas. De hecho, ayuda a los sublevados a agarrar a una cabra y a ordeñarla para obtener alimento, a cambio de lo que recibe chocolate. Hay, por un lado, una cierta humanización de los integrantes del ejército fascista, que funciona de forma similar a la ‘desfascistización’ de Rafael Sánchez Mazas que estudia Becerra Mayor (2018) en *Soldados de Salamina*. Ahora bien, esta humanización se basa en la juventud de los militares y en la ridiculización de su torpeza: “parece mentira que esta tropa vaya a ganar la guerra, si no saben ni agarrar una cabra” (Navarro de Castro, 2019: 61). Esta humanización, que supone la única simpatía del autor hacia el bando franquista, se disipa ante el asesinato por parte de los jóvenes de un hombre, una niña y una mujer, cuya melena rubia extendida sobre la nieve retoma el episodio anticipativo de páginas atrás en el que Blas veía al alcalde muerto junto a su familia. También parecen ser los responsables del asesinato de Eduardo, un pastor que ayuda a Blas a descubrir el funcionamiento de ese modo de vida. En el caso del primero se identifica un motivo político; en el segundo parece un crimen arbitrario. A pesar de ser adolescentes armados, y de haber agradecido el gesto de ayuda de Blas, siguen siendo asesinos.

El arco narrativo bajo el periodo de la Guerra Civil llega a su fin con un mensaje claro: la guerra continúa, y así debe hacerlo la vida. Blas tiene que atender a los animales, segar, ordeñar, sembrar, escardar el huerto... al igual que los demás vecinos del pueblo. Con esta conclusión se enfatiza una de las tesis que da sentido a este trabajo, que es la imposibilidad de desligar la memoria histórica española del modo de vida rural. Los campesinos sufren las consecuencias de cada una de las etapas de la historia española en el siglo XX, hayan declarado o no su pertenencia a uno de los dos bandos. Blas se resigna a seguir viviendo en un panorama en el que, a pesar de mostrar una clara actitud apolítica, presencia las atrocidades de un periodo convulso caracterizado por la sublevación

militar y la imposición de un régimen ilegítimo. Una insurrección motivada por aquellos que quieren empeorar las condiciones del campesino pobre en favor de su beneficio económico. Blas, en su posición de campesino sin tierra, no es capaz de escapar de la represión política impulsada por terratenientes y patronos.

Para finalizar esta sección, traigo a colación el homenaje que Navarro de Castro realiza en estos capítulos enmarcados en la Guerra Civil a Federico García Lorca, que en una conversación entre don José, el profesor ejecutado, y el padre de Blas, habla del ‘poeta de su ciudad’. Esto ayuda a enmarcar el lugar donde ocurren los hechos de *La tierra desnuda*, en Granada, sobre lo que no hay muchas más pistas a lo largo de la narración. La conmemoración se limita a esta breve conversación en la que don José afirma que los fascistas lo han asesinado, y el padre de Blas reconoce no saber de lo que está hablando por ser analfabeto². Don José señala la importancia de la educación y anima a llevar a su hijo a la escuela. Por ello, el pueblo de Blas sufre la represión que caracterizó a las tierras del sur, de mano de militares como el general Queipo de Llano, quien, según Ian Gibson (2018) dio la orden de asesinar a García Lorca. Ha sido necesario esperar hasta 2022, 71 años después de la muerte de Queipo de Llano, para que sus restos hayan sido exhumados y se haya hecho justicia con los campesinos del sur de España.

3. LA MADUREZ DURANTE EL FRANQUISMO

El periodo franquista se abre en la novela con una sensación de conflictividad aún latente; las represalias se prolongaron más allá de la Guerra Civil. Navarro de Castro relata una breve historia metafórica sobre una invasión de topos a los huertos de la familia de Blas. Por muchos esfuerzos que Blas y su abuela emprendan en reponer las plantas devoradas y en cuidar la tierra, los topos acaban destrozando los cultivos. Culmina la disputa con los topos con una reflexión pesimista: “hubo que rendirse ante la evidencia. Los topos habían ganado la partida” (Navarro de Castro, 2019: 75). Los topos son un claro trasunto del bando de los nacionales y

² Navarro de Castro muestra un claro compromiso por los problemas del campo, como el analfabetismo y la explotación campesina, al igual que lo hace Delibes (Chaohui, 2021). Las similitudes entre autores son notables, y así se señaló en la promoción del libro, que identifica al autor con míticos literatos como Chirbes y Delibes.

cómo habían arramblado con el pueblo ante la incapacidad de respuesta de los campesinos pobres³.

Uno de los efectos inmediatos de la victoria nacionalista reside en el asentamiento de la figura predominante del terrateniente en el mundo rural español, y el agravamiento de las condiciones laborales de jornaleros y arrendatarios. Navarro de Castro refleja con precisión las consecuencias del inicio de esta nueva etapa: “la implantación del régimen franquista dio paso a la reinstauración del tradicional orden patronal en las relaciones laborales de la agricultura” (Ortega López, 2011: 291). En el pueblo, esta situación se muestra con unos jornales miserables y con la restricción de recursos como leña y esparto a partir de la privatización de terrenos. Blas, siendo solo un niño, realiza tareas de excavación, cien agujeros concretamente, para recibir un jornal de dos pesetas, y más adelante recoge aceitunas a pleno sol. Los niños también son explotados debido a la escasez y la necesidad de las familias del pueblo, y la figura del capataz, encargado de controlar el desempeño de las tareas, se erige como un agente abusivo y autoritario que emplea la violencia como método para espolear a los jornaleros. En Blas se aprecian los cimientos de una creciente conciencia de clase: “Si fuese por Blas, muchas más ramas se librarían del vareo. Los señoritos ya tienen bastantes cortijos, bastantes tierras, bastantes coches, bastantes caballos y bastantes criados. No necesitan el dinero ni el aceite” (Navarro de Castro, 2019: 125). Tras estos episodios, el protagonista se niega a trabajar la tierra para otros como bracero, reafirmando como campesino y no como jornalero.

La reafirmación de los terratenientes deviene en un Manolín engrandecido por las condiciones históricas que le rodean. Como afirma Cabana Iglesia (2011), las “bases sociales consentidoras fueron también quienes se beneficiaron de la legislación que recompensaba a los que habían participado de una o de otra manera a favor del triunfo franquista en la contienda civil” (100), y Paniagua (2016) incide en la hegemonía de la oligarquía terrateniente tras la victoria nacional. Manolín, que gracias al

³ En realidad el término ‘topo’ se utilizó para referirse a personas que vivieron ocultas al concluir la Guerra Civil para escapar del castigo franquista, a partir de la obra *Los topos* (1977) de los periodistas Manuel Leguineche y Jesús Torbado. Navarro de Castro parece darle la vuelta a un término que contiene cierta connotación negativa para aplicarlo posteriormente al bando nacional. Otra hipótesis es que estos ‘topos’ en realidad sean un trasunto de los refugiados o ‘duendes del bosque’ de los que se habló en el epígrafe anterior, que finalmente tuvieron que recurrir al saqueo para sobrevivir, aunque no parece encajar tanto como la interpretación propuesta inicialmente.

conflicto había amasado una fortuna mediante el trapicheo, poseía grandes tierras explotadas con mano dura. En el cuerpo de jornaleros estaban incluidos sus propios hijos, que no recibían ningún tipo de beneficio por conformar su descendencia directa; Manolín queda retratado como un terrateniente sin escrúpulos cuyo lenguaje se basa en la amenaza y el insulto, en lo que parece ser un intento de generalizar en torno a la figura del oligarca rural.

Ante el rechazo de formar parte de un sector laboral oprimido, el del jornalero, Blas se ve abocado a recurrir a prácticas como la del estraperlo, que eran ciertamente comunes en el ámbito rural durante esta época. Manolín se había involucrado en la práctica del estraperlo a lo largo de la Guerra Civil con el beneplácito de las autoridades, pero otro caso distinto era que fueran campesinos los que llevaran a cabo estas transacciones ilegales. La hambruna se convirtió en una característica del periodo español enmarcado en el franquismo, especialmente durante la primera etapa, lo que generó un mercado paralelo mediante el que se podían obtener productos muy variados a precios desorbitados. Del Arco Blanco (2010) caracteriza este periodo como uno de los más corruptos de la Historia de España, y atribuye cotidianeidad a la presencia del mercado negro, extendido a todo el territorio español. Este mismo autor distingue entre el ‘gran estraperlo’ y el ‘estraperlo de los pobres’: el primero de ellos aportaba cuantiosos beneficios y era promovido por medios y grandes propietarios, y, además, quedaba tolerado por el régimen; por otro lado, el pequeño estraperlo era duramente reprimido y estaba protagonizado por los más humildes y desesperados, que necesitaban ese dinero para subsistir. La persecución del estraperlo goza, por ello, de un carácter político y se erige como una herramienta más de represión contra los vencidos. En este contexto, Blas trapichea con leña y aprende a deshacerse de los guardias civiles que tratan de darle caza. Es en estos momentos cuando la Guardia Civil comienza a mostrarse como un órgano violento y temible por la clase baja campesina.

Junto a los terratenientes, otra presencia constante durante el franquismo, como se ha introducido en líneas anteriores, es la de la Guardia Civil. Este cuerpo policial se erige como el brazo ejecutor del franquismo y la herramienta de preservación del *statu quo* rural. Aparecen junto a los terratenientes para evitar los tumultos de jornaleros, y, por tanto, legitimar el abuso desde la autoridad que confiere pertenecer a las fuerzas nacionales del orden. Blas visita el cuartelillo de la Guardia Civil en varias ocasiones y en contextos muy distintos. La primera de ellas se produce en

busca de un certificado de penales y buena conducta ante el deseo del padre de que pueda ganarse la vida sin problemas. No se produce violencia en esta visita, pero sí lo tratan de forma despectiva y burlesca, sin ninguna intención de atenderlo.

Más adelante vuelve al cuartelillo junto a Paco, un amigo de la infancia, esta vez por resistencia ante la autoridad, en un episodio en el que encuentra a su prima asesinada en el monte. Debido a las burlas de los guardias civiles que custodian la zona, que realizan comentarios referentes al atractivo físico de la fallecida, Blas espeta sobre estos las siguientes palabras: “me cagaría en la puta de tu madre, pero sería un insulto pa las putas” (Navarro de Castro, 2019: 177); en esta ocasión sí que se ejerce violencia sobre Blas como respuesta a su desafío. Poco después Manolín, padre de Paco, hace presencia en el cuartelillo mostrando una gran complicidad con los guardias, hecho mediante el que representa el novelista la unión entre terratenientes y Guardia Civil. Paco es liberado tras la llegada de Manolín, pero Blas aún recibiría más agresiones físicas antes de su salida.

Kalyvas (2006) registra múltiples finalidades en el uso de la violencia, como la intimidación, la desmoralización, la eliminación de fuerzas de oposición o la demostración de poder; no obstante, también contempla la violencia como un hecho arbitrario, que no sirve un propósito concreto. La violencia practicada por la Guardia Civil parece cumplir las funciones de intimidación y demostración antes mencionadas, si bien, tras diversas palizas y vejaciones, los propósitos comienzan a desdibujarse y parecen responder a un deseo de desatar violencia arbitraria contra campesinos. Hasta tres noches más pasó Blas en el calabozo, con comida y agua limitada y palizas reiteradas, que llega a plantearse si está entre las intenciones de los guardias acabar con su vida. Una vez finaliza la tortura, Blas es liberado sin cargos ni acusaciones, y muestra conciencia de la intencionalidad de la violencia desatada contra él: “Sí, soy un campesino sin tierra. Sobrevivir es mi delito. La culpa la tengo yo por haber nacido o acaso mi madre que me parió en lo alto de un mulo” (Navarro de Castro, 2019: 183). En suma, la Guardia Civil se muestra como un cuerpo policial extremadamente politizado, abusivo y prolongador de las prácticas despóticas introducidas por el bando franquista durante la guerra.

Navarro de Castro, en este panorama caracterizado por la opresión de terratenientes y Guardia Civil, inserta breves historias que generan un ambiente revuelto, en el que Blas puede contemplar cómo habitantes del pueblo sufren las consecuencias de sus actos de rebeldía ante el poder

dominante. La primera de estas historias cortas es la de Josefina, mujer de Francisco, concejal por el partido socialista que fue ejecutado por el ejército sublevado. Francisco había decidido no huir y luchar por sus ideales escopeta en mano. Josefina quedó marginada de la vida en el pueblo, encerrada con la única compañía de los gatos de sus vecinas: en el momento de la narración, lleva 10 años en soledad. Todo el pueblo la evita por su relación con el bando republicano, y teme el día en que vayan a buscarla. Josefina se introduce en la historia al mantener relaciones sexuales con Blas cuando este era aún menor de edad. Su madre, al enterarse de los acontecimientos, la define como “más roja que un demonio” (149) y prohíbe a Blas volver a verla.

La segunda historia es la del joven conocido como ‘el estudiante’, debido a su alto nivel educativo, que se negó a cobrar el jornal de dos pesetas mediante la siguiente reivindicación: “eso se lo puede quedar usted. Yo soy un jornalero. No acepto limosnas” (158). Las voces propagaron que había gritado “viva la República” y que había insultado al capataz, a pesar de no ser cierto, lo que devino en su asesinato. En el relato no queda especificado si es ejecutado a manos de los patrones o de la Guardia Civil. Estas breves historias vienen a recordar que la guerra se prolongó durante el periodo franquista: “la reconciliación nacional que tanto anhelaban los vencidos republicanos no sólo no llegó, sino que se mantuvo la violencia planificada como fórmula para seguir eliminando a los adversarios políticos” (Díaz, 2016: 120). La guerra y la dictadura siempre ocupan un segundo plano de forma constante en la narración, y Blas solo consigue escapar de ellas parcialmente; a su alrededor observa un entorno violento e implacable en contra de sus vecinos, de sus seres queridos y de sí mismo.

Ante esta situación, crece en Blas un deseo de recuperar la memoria y hacer justicia frente a los numerosos abusos soportados por el pueblo, que llega a su máxima expresión durante el periodo enmarcado en la Transición y la postdictadura. La narración dirige la atención hacia los verdugos, sobre los que el protagonista se pregunta si alguna vez habrá justicia. El silencio ronda por el pueblo, donde no es una posibilidad denunciar la desaparición de vecinos, y se hace mención de los ejecutados hasta ahora en el relato: el concejal, el maestro y el jornalero, “tocaba callar, agachar las orejas y rumiarse en silencio la desesperación y la impotencia” (Navarro de Castro, 2019: 139). Graham (2013) señala cómo los franquistas caídos gozaban de honores y grabados en las iglesias, mientras que la muerte de los republicanos era ocultada; nunca pudieron

ser conmemorados en público. La incertidumbre era devastadora, el hecho de no saber con exactitud en qué lugares habían sido enterrados sus familiares, o si algún día los volverían a ver.

La apertura de la etapa franquista otorgaba una sensación de que el conflicto seguía latente. Páginas después, el narrador confirma que la posguerra se alargó durante años, y era común encontrar muertos por las laderas, o que alguien desapareciese sin dejar rastro, todo ello justificado por ajustes de cuentas enquistados durante la guerra. Y ante esto, la única respuesta que recibían los verdugos era el silencio y la impunidad: se trata de la “desmovilización política y social” a la que se vieron obligados los aldeanos por temor a las represalias, uno de los mayores logros del franquismo (Cabana Iglesia, 2011: 95). La descripción de los hechos en *La tierra desnuda* favorece la hipótesis propuesta por Espinosa Maestre (2012) a partir de distintas investigaciones sobre la Guerra Civil: en gran parte de España no hubo guerra alguna, solo una descarnada represión exenta de consecuencias, y que se prolongó durante el régimen dictatorial posterior. En el pueblo, todo el mundo sabía acatar las normas sin rechistar; el miedo se asienta como un instrumento feroz de control social sobre una población reducida que suele caracterizar a los pueblos de la España profunda.

La religión aparece en el relato como un órgano extensor de la opresión esparcida por el régimen franquista, a través del personaje del cura, en línea con lo defendido por Cabana Iglesia (2011): “religión y política operaron como parte de un todo” (103). Sus intervenciones son limitadas, si bien protagoniza un hecho fundamental en el desarrollo de la trama: el casamiento de Blas y Antonia. El cura se niega a presidir la ceremonia debido a su lealtad ante Manolín, terrateniente autoritario y padre de Antonia, que rechaza a Blas por no someterse a su pensamiento político. Este personaje es descrito como un borracho agresivo que carga dos armas de fuego allá donde va, y se relata su costumbre de visitar el bar y obligar a los clientes a asistir a misa a punta de pistola. Finalmente se acaba celebrando la ceremonia de casamiento debido a la profunda amistad de Antonia con la concubina del cura, que logra convencerlo, conformando una figura de un sacerdote corrupto que no responde a los valores católicos que defiende. También se hace referencia a la misa de los domingos, donde los vencidos tenían que fingir arrepentimiento y mostrar su conversión mientras que los vencedores eran ensalzados durante el rito. La religión, en definitiva, es utilizada por el régimen franquista con el fin de recibir

una legitimación incontestable y como mecanismo de sometimiento de los vencidos (Moreno-Seco, 2002).

A pesar de la despolitización de Blas, esto es, su nula implicación con los bandos protagonistas de la Guerra Civil, aunque por su condición de clase humilde y trabajadora concilie claramente con los valores republicanos y socialistas, ello no impide su catalogación por el cura como “un ateo, un rojo, un putero y un borracho” (Navarro de Castro, 2019: 249). Según defienden Anderson y del Arco Blanco (2008), pocas personas pudieron escapar de encasillarse en uno u otro bando durante el conflicto, y esto describe el ambiente de hostilidad característico del periodo franquista, retratado de forma excelente en *La tierra desnuda*. Lo cierto es que, como señala Del Molino (2016; 2021), Franco maltrató de forma persistente la España rural: agravó las diferencias entre el campo y la ciudad, cercenó la viabilidad económica del pequeño campesino y promovió, a través del Plan de Estabilización de 1959 diseñado por Estapé y López Rodó, el abandono de los campos, considerados improductivos, a través de un éxodo rural masivo a los grandes núcleos urbanos. A su vez, los pueblos contenían un clima hostil caracterizado por el odio, la venganza y la persistente división de la sociedad española (Alonso Castroviejo, 1997), acrecentado por las pequeñas dimensiones de una aldea, que obligaba al contacto constante entre los vecinos. Por ello, la conflictividad del entorno junto a la inviabilidad económica de desarrollar una existencia plena en el mundo rural obliga a los habitantes a emprender una nueva vida lejos de sus raíces. Estos hechos tienen cabida en la narración a través de las hermanas de Blas, que consiguen dejar atrás su hogar mediante el matrimonio, un arma de doble filo que permitía a las mujeres escapar del pueblo, pero que podía oscilar entre la obtención de libertad o la subordinación a una condena perpetua.

4. LA SENECTUD DURANTE LA TRANSICIÓN

La muerte del dictador se introduce a través de una conversación entre Blas y Pepico, en la que Blas insta a “que lo entierren bien hondo y cabeza abajo, no vaya a ser que se despierte y encuentre la salida” (Navarro de Castro, 2019: 295). Tras el inicio de la Transición democrática, *La tierra desnuda* muestra acertadamente ciertos valores característicos de este

periodo⁴. En primer lugar, se representa el “pacto de silencio” diseñado por las élites para ocultar viejos conflictos y reinsertar a los vencidos en la sociedad, sin mediación alguna; la narración de hechos relacionados con la situación política disminuye significativamente. En un intento de demostrar este descenso, se ha cuantificado la proporción de páginas dedicadas a la descripción de hechos pertenecientes al periodo político con respecto a las páginas totales de dicho periodo, y se han comparado las distintas etapas que engloban el presente estudio. En este sentido, la Segunda República se desarrolla en 21 páginas y la memoria se registra en el 48 % del total de páginas; un alto número que llega a incrementarse en la Guerra Civil, que se prolonga por 36 páginas y el 53 % hace referencia a la situación política. Ya aparece un claro descenso durante el franquismo, quizá justificado como una representación de la represión de la época, que se extiende por 199 páginas y el 17 % de estas incluye aspectos vinculados a la memoria, mientras que el periodo posterior al régimen dictatorial, donde se impone este “pacto de silencio”, se extiende por 256 páginas y contiene narración política solo el 9 % del total.

Junto a esta especie de silenciamiento, la Transición se cimenta sobre un continuismo que Blas desafía mediante su comportamiento. En los primeros compases de la Transición, el protagonista se niega a votar por la constitución, que considera “una sarta de mentiras” (296). Cardús i Ros (2000) habla de cómo la Transición pudo llevarse a cabo gracias a la continuidad de instituciones y aparatos de estado que jugaban un papel fundamental en el régimen dictatorial, como en el servicio civil y de administración, con organismos que, en diferentes momentos y etapas, dieron su apoyo a Franco. Estas bases sobre las que se edifica la Transición producen recelo en Blas, que no cree en cambio alguno. En las siguientes páginas se relata cómo toda su familia vota al partido socialista en un acto de congruencia hacia sus experiencias personales:

Eran los recuerdos lo que les llevaba hasta las urnas. Votaban socialista por la memoria de los muertos. Por las mujeres, primas, hermanas, madres, violadas entre los riscos. Por los hombres asesinados contra un muro, en las cunetas y en los campos. Por el estudiante que se había negado a cobrar las

⁴ La novela estudiada enfoca el panorama rural de la época a través de la figura de Blas, un campesino fuera de las corrientes urbanas. Es ese el motivo de que entre estos valores representados no se muestren algunas corrientes culturales de la época, como por ejemplo el interés por la cultura extranjera de la ‘Generación Beat’ enmarcada en la Transición (Guzmán-Simón, 2022).

dos pesetas de jornal. Por su madre que, cerca de los cien años, todavía podía contar su muerte y su agonía. Por Luis Alegría, el primer alcalde que se preocupó por ellos y se había roto los cuernos. El primero y el último. Muerto y sin enterrar. Por todo eso votaban socialista, que hasta el Blas, de la mano de la Antonia y de alguna de las niñas que le ayudaban a elegir la papeleta adecuada, acudió a las urnas un par de veces. ¿Qué pone ahí, niña? P-S-O-E. ¿Estás segura? Sí, padre, estoy segura. No vaya a ser que todavía votemos a las derechas. Pero pronto quedó claro que aquello ya no era lo mismo y no volvió más a ejercer su derecho (Navarro de Castro, 2019: 409).

La conmemoración de estos vecinos asesinados por el régimen afianza la postura de Blas, que, si bien ignora la política durante su vida, la izquierda⁵ parece la opción racional frente a una derecha basada en represión y violencia. Sus vivencias le hacen identificarse indirectamente con la causa republicana y socialista. No obstante, pronto llega a la conclusión, como se observa en el fragmento anterior, de que la situación sigue igual. Años después mantiene su actitud reacia ante la democracia, y se niega a votar, a pesar de que pueda ganar, como lo llaman, “el del bigote”. A lo largo de la novela no hay referencias cronológicas explícitas, y es más bien por alusiones como esta a través de las que se descifra la situación histórica concreta: se trata, probablemente, del año de reelección de José María Aznar. Blas muestra indiferencia frente a las urnas y sostiene que los socialistas, en la etapa anterior de Felipe González, tampoco habían llevado a cabo avances sustanciales. En este sentido, De Molina (2009) aborda la Transición española en el mundo rural a través del aprendizaje político de los campesinos, un hecho clave para la construcción de la democracia: “se trataba de aprender a votar y a ser votado tras cuarenta años de dictadura” (237), ante una población que, aún sumida en la estela del franquismo, considera la democracia un mero invento al servicio del autoritarismo.

En suma, Blas muestra una clara desconfianza en el estamento político, cuyos integrantes son retratados como sanguijuelas que, a través de sus cargos electos, habían obtenido solares, coches de alta gama, cortijos o grandes negocios. Algún alcalde, según afirma, “lo fue bajo

⁵ González de Molina (2011) estudia el éxito político del socialismo en el ámbito rural a través de “la combinación de varias acciones, actitudes y discursos desarrollados en los años de la Transición Política a la Democracia” (372). Además, el socialismo emprende medidas en defensa de los pequeños propietarios y asalariados del campo, en una actitud pacífica que distaba de la represión propia de la Dictadura.

todos los colores y banderas del arco ideológico” (Navarro de Castro, 2019: 411). Esta desconfianza se acentúa a través del intento de golpe de estado de 1981, que produce risa a Blas por ver cómo la guardia civil se revuelve contra los mandamases, y avista la posibilidad de una nueva guerra. Stafford (2015) señala que el principal objetivo de la Transición era evitar la reavivación del conflicto, a pesar de que contenía amplias similitudes con el periodo anterior; el pasado producía temor en políticos y ciudadanos, que se acentuó con el golpe de Tejero Molina, un recordatorio de que lo ocurrido entre los años 1936 y 39 aún no había sido olvidado. El fallido golpe de estado instó aún más a no hacer referencias a una dictadura cuya Transición se caracteriza por la ausencia de reconciliación.

La Guardia Civil fue uno de los elementos más claros de continuidad durante la Transición, como afirma Cardús i Ros (2000), y así aparece reflejado en el relato. La Guardia Civil sigue siendo caracterizada, en los primeros años de la democracia, como un órgano inservible, represivo, criminal, arbitrario y basado en el terror. A continuación, se delinearán fragmentos del texto que apoyan esta descripción. El hecho más notable enmarcado en el posfranquismo es el de las vacas fugadas que vagan a sus anchas por el monte. Ante el destrozo que eso suponía, pues las vacas arrasaban con los cultivos de los vecinos del pueblo, deciden tomar medidas los propios campesinos, pues ni siquiera cuentan con que la Guardia Civil pueda intervenir, mostrando su inutilidad.

La decisión consiste en matar a las vacas, lo que podría producir una reacción en las autoridades; es cuando entra en acción el temor infundido por los tricornios en busca de responsables. Durante esta etapa, el cuerpo policial comete numerosos actos criminales, también en consonancia con el continuismo de la época dictatorial: les achacan los robos de animales y cosechas o la violación de mujeres con total impunidad. La arbitrariedad se manifiesta en la detención de Blas por la matanza de las vacas: “—y tú, Garduña, ya te estás viniendo conmigo que tenemos que hablar en el cuartelillo. —¿Por qué yo, mi sargento? Si yo no he hecho nada. [...] — Porque estás aquí y yo no tengo cuerpo de seguir buscando” (Navarro de Castro, 2019: 309). A pesar de este claro continuismo, años después de la instauración de la democracia se introducen ciertos avances en la Guardia Civil a través de la experiencia de Blas en el cuartelillo, donde las condiciones de estancia son algo mejores. Hay menos violencia, pero la injusticia y el temor siguen latentes a pesar de que ahora lleven gorras y pistolas en vez de tricornios y fusiles.

Esta continuidad con la que se abre el periodo de la Transición se disrumpe con la muerte de Manolín, terrateniente opresor y padre de Paco y Antonia. El amanecer de algunos días se caracteriza por una lluvia de plomo que provoca la impresión de una vuelta a la guerra, pero que no son más que cazadores. En este juego simbólico de una vuelta de la guerra, Manolín forma parte de las monterías escopeta en mano. La caza era ahora una práctica popular, y había dejado de quedar limitada a señoritos. Las rifas y loterías eran la forma de distribución del terreno de caza: “le sublevaban los sorteos, esos procedimientos absurdamente igualitarios mediante los cuales cualquier pelagatos, cualquier muerto de hambre, podía hacerse con el mejor puesto, mientras otros, de más mérito como él, tendrían que conformarse con lo que les tocase” (330). Manolín entiende que, en su condición de superioridad y poder encarnado durante el régimen franquista, merece un trato especial; jóvenes y viejos se burlaban de él y de su pérdida de autoridad. Ante ello, Manolín decide abandonar su terreno en un acto de rebeldía, y es asesinado de un escopetazo por una suerte de bala perdida que no parecía serlo tanto. Manolín conoce los peligros de invadir un terreno de caza, y aparenta hacerlo concienzudamente para demostrar que aún era temido en el valle; nadie se hizo cargo del asesinato y tampoco buscaron al responsable. Se había hecho justicia. Manolín, encargado de entregar a las autoridades a refugiados republicanos para su ejecución, sufre un metafórico fusilamiento durante la montería. Ni sus propios hijos velan por Manolín, cuya herencia y memoria tratan de rechazar. El único que muestra sus profundos respetos es el cura, que se deshace en elogios durante el general, en una nueva metáfora magistral de Navarro de Castro que retrata a la Iglesia Católica lamentando el fin del régimen dictatorial.

En este momento se abre la veda de la memoria, a través de la cual se reclama el pasado de los vecinos de Blas. El valle estaba manchado de la sangre de los vencidos, y los barrancos reflejaban los gritos de los oprimidos durante décadas. En la propia novela se apela a una “memoria muda [...] porque no se decía, pero una memoria al fin y al cabo en el fondo de las conciencias como los posos del aceite en los culos de las garrafas” (308); una memoria que no puede caer en el olvido y que pide dejar de ser silenciada. Se trata de un primer paso hacia la autoconciencia del periodo histórico en el que se han desarrollado sus vidas, y en el que las penalidades sufridas por los campesinos deben ser compartidas a posteriores generaciones, siguiendo la línea de Colmeiro (2005), defensor de la imperiosa necesidad de “abrir puertas y ventanas de ese ‘cuarto de

atrás' donde se ha escondido y ha encontrado refugio la contra-memoria del franquismo" (67). Resulta de interés enfocar la cuestión de la memoria en *La tierra desnuda* desde dos ópticas que han colmado los debates sobre esta temática en los últimos años: en primer lugar, el enterramiento de los fusilados en fosas; en segundo, la memoria como herencia a las siguientes generaciones.

La llegada de la democracia inspira en Blas una amplia desconfianza, como vimos anteriormente, basada principalmente en su incapacidad de lidiar con los asesinatos y abusos cometidos por el régimen dictatorial. Los antiguos ejecutores vivían ahora una vida apacible sin consecuencia alguna; no solo en cuanto a penas judiciales, sino que ni siquiera tuvieron que mostrar arrepentimiento. El narrador habla de una sangre 'desmemoriada' que aún sigue en los muros, de unas cunetas olvidadas en las que familiares y amigos yacían desde hacía años: "nadie se había atrevido a mostrar la verdad de las sepulturas. Hubo quien lo intentó, en tiempos más difíciles, y estaba criando malvas desde entonces, no se sabe bien si en un barranco o en otro" (Navarro de Castro, 2019: 411). Parece ser que el momento en el que se enmarca esta reflexión es anterior al año 2001, en el que la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) comienza su labor de abertura de fosas comunes. No obstante, la queja viene de un estamento político que ignora tal problemática, y que, en el mejor de los casos, utiliza fondos para que terceras organizaciones emprendan las labores de exhumación. Todo ello acompañado de la negativa de partidos de derecha, como el Partido Popular, de llevar a cabo estas labores de recuperación de familiares ante el vago eslogan de 'no remover heridas del pasado'.

Por último, la memoria histórica, tratada por Sylvia Molloy (1989) como un saber transmitido, contiene un importante factor de herencia procedente de aquellos cuya experiencia vivida se corresponde a una memoria autobiográfica de los hechos en cuestión (Aguilar Fernández, 1996). Las niñas de Blas quieren marcharse del pueblo desde que son pequeñas, no solo por cuestiones logísticas, pues se encuentran bastante lejos de la escuela, sino porque son los últimos que quedan. La soledad y la privación del contacto social hacían estragos en su vida en el pueblo. Años después, cuando las hijas de Blas crecen, se marchan hacia la ciudad sin mirar atrás. Aunque nunca pierden el contacto total con su padre, no ocupan el lugar de las herederas de una forma de vida que Blas sí había heredado. Tampoco reciben la memoria de sus ancestros, que rechazan en favor de un modo de vida urbano asociado a la modernidad; "while Spain

was forging its postmodernity (understood there as ultramodernity), the past became a country where old people had once lived: an irrelevance” (Resina, 2000: 92). El progreso no deja espacio para las historias de campesinos como Blas, sumidas en el olvido y la indiferencia, pero que pueden ser ajusticiadas mediante la escritura de autores comprometidos como Rafael Navarro de Castro⁶.

CONCLUSIONES

El análisis de la novela escogida muestra que, en definitiva, la ficción sirve como herramienta para la construcción de la memoria histórica. Navarro de Castro aborda las principales etapas históricas del siglo XX a través de la vida rural, y compone una historia en la que Blas debe hacer frente a las adversidades que presentaban periodos como el de la Guerra Civil o la posterior dictadura. En palabras de Luengo (2004), “se observa una apropiación de ese pasado extraliterario para la ficcionalización de una historia que, si bien no sucedió, sí que podría haber sucedido, y que, aun habiendo ocurrido, no se puede considerar auténtica, por pertenecer al mundo de la ficción” (35). *La tierra desnuda* presenta, por tanto, una historia verosímil que podría atribuirse a un campesino real de la España profunda. Ahora bien, en esta construcción ficcional del relato se identifica una labor de selección⁷ del autor a la hora de abordar los distintos periodos históricos del país. Tras este proceso, el relato comporta un factor nostálgico al visitar épocas como la Segunda República. Sostienen esta afirmación varios elementos: en primer lugar, no hay ningún tipo de resistencia republicana durante la guerra, los habitantes del pueblo, a pesar de situarse en contra de la invasión nacionalista, son sujetos que acatan y

⁶ Navarro de Castro utiliza su propia experiencia para elaborar el relato y desarrollar los personajes. Junto a ello, hace uso de unos entrevistas y testimonios que recoge para un documental, proyecto primigenio que acabó dando lugar a la novela sobre la que gira el presente análisis. Recuerda el proceso a la elaboración de *Campo cerrado* de Max Aub, en la que el autor vierte experiencias y entrevistas “que le permitieran construir un relato múltiple partiendo de diferentes puntos de vista” (Hellín Nistal, 2022: 252).

⁷ La selección es un proceso que no puede desligarse de la construcción de la memoria histórica: “de todas las trazas del pasado escogemos retener y consignar solamente algunas de ellas que juzgamos, por diversas razones, dignas de ser perpetuadas” (Todorov, 2013: 4). Por ello, Navarro de Castro, aunque construye ficción, elige como marco un periodo histórico real, del que selecciona los hechos que merecen ser recordados y que ayudan en la transmisión de su historia.

reciben violencia sin responder; en segundo lugar, la Segunda República queda retratada como un estado que veló por los campesinos y los pequeños propietarios de principio a fin, sin tener en cuenta que ya en el bienio conservador se había retrocedido significativamente en la reforma agraria; por último, los refugiados en las montañas no forman parte del maquis, es decir, no eran guerrilleros que saqueaban para su supervivencia ni asesinaban a militares del régimen franquista.

El encubrimiento de hechos negativos llevados a cabo por el bando de los vencidos otorga al relato cierto carácter maniqueísta, pues, hasta cierto punto, y como defiende Becerra Mayor (2018), no es posible “seguir sosteniendo una visión de la Guerra Civil española desde una perspectiva equidistante” (85), pues unos atacaron el sistema democrático y otros trataron de defenderse. Además, la idealización de la Segunda República ya ha sido estudiada por Gómez López-Quñones (2006), un tópico común de la narrativa española enfocada en este periodo. Este sentimiento puede partir, en línea con las palabras de Boym (2008), de una nostalgia reflexiva que consiste en la exploración de promesas incompletas de una época histórica que prometía un futuro próspero frente a la destrucción propagada por la guerra. Junto a esta nostalgia, Navarro de Castro desarrolla a los habitantes del pueblo como agentes pasivos y apolíticos que se limitaban a seguir las indicaciones del poder imperante: el único apoyo al bando nacionalista y al régimen viene de la figura de Manolín, un terrateniente favorecido por las medidas oligárquicas recuperadas tras la Segunda República. No obstante, Cobo Romero y Fuentes Navarro (2011) muestran un campo politizado, donde los discursos comunistas tenían un gran impacto; otros autores van más allá hasta situar el germen del estado franquista en pequeños pueblos, que, si bien eran perjudicados por las medidas agrarias, sucumbían ante las promesas de Franco de devolver al entorno rural el estatus que había perdido ante lo urbano (Font i Agulló, 2004; Cabana Iglesia, 2011; Del Molino, 2016).

Una vez se ha validado la ficción de *La tierra desnuda* como material de memoria histórica, el segundo objetivo trataba de estudiar cómo interactúa la memoria con la vida rural. Para ello es relevante el concepto de “memoria colectiva” desarrollado por el francés Maurice Halbwachs (1992), que se compone por las diversas experiencias de individuos que tienen contacto con una realidad en cuestión, y que cooperan en la construcción de la memoria colectiva a partir de memorias individuales. Esta memoria, según Halbwachs, está construida desde el presente, a partir del paradigma y las problemáticas actuales, y los grupos seleccionan

memorias concretas para explicar el panorama actual. Para interpretar el presente, el pasado se reconstruye a través de la racionalización basada en la selección de qué elementos son recordados y cuáles eliminados, en un intento de conformar los eventos pasados con la narrativa social actual. La memoria individual de Blas, originada por medio de la selección, se inserta en la memoria colectiva de los campesinos habitantes de pueblos en proceso de despoblación a pesar de proceder de una construcción ficcional; el modo de vida rural no puede desligarse de la memoria histórica del siglo XX. La labor de selección emprendida por Navarro de Castro reformula la problemática de la despoblación del presente, situando las penurias sufridas por los campesinos como motivación de generaciones posteriores de huir de un entorno asociado a la opresión y la escasez. Cuando se abandona el entorno rural en favor de la ciudad se deja también atrás la memoria de estos lugares, cuya herencia no es recogida por los descendientes de los campesinos que ocupaban estas tierras, quedando sumida en el olvido. *La tierra desnuda* rescata esta memoria desechada por la sociedad urbanocéntrica actual.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Fernández, Paloma (1996), *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial.

Alonso Castroviejo, Jesús (1997), “Venganza y represión durante el franquismo”, *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, 21, pp. 405–426. <https://doi.org/10.18172/brocar.1755>.

Anderson, Peter y del Arco Blanco, Miguel Ángel (2008). “Construyendo el franquismo: violencia y represión en el campo andaluz de posguerra”, en *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea Hoy*, coords. María Encarna Nicolás Marín y Carmen González Martín, Murcia, Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia, pp. 113–133.

Baird, David (2017), *Historia de los maquis. Entre dos fuegos*, Córdoba, Editorial Almuzara.

Becerra Mayor, David (2018), “La Guerra Civil en la novela española actual. Entre el consenso de la Transición y el consenso neoliberal”,

Revista chilena de literatura, 98, pp. 73–104.
<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952018000200073>.

Boym, Svetlana (2008), *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books.

Cabana Iglesia, Ana (2011), “Consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)”, *Historia Social*, 71, pp. 89–106.
<https://www.jstor.org/stable/23228552>.

Cardús i Ros, Salvador (2000), “Politics and the Invention of Memory. For a Sociology of the Transition to Democracy in Spain”, en *Disremembering the Dictatorship. The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*, ed. Joan Ramón Resina, Amsterdam, Editions Rodopi, pp. 17–28.

Chen, Chaohui (2021), “El destino y el camino: un análisis comparativo de la naturaleza/el mundo rural en las novelas de Miguel Delibes y Mo Yan”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 12, pp. 101–120,
<https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.101-120>.

Cobo Romero, Francisco (2011), “Campesinado, política y urnas en los orígenes de la Guerra Civil, 1931-1936”, en *La España rural, siglos XIX y XX: aspectos políticos, sociales y culturales*, eds. Teresa María Ortega López y Francisco Cobo Romero, Granada, Editorial Comares, pp. 219–255.

Cobo Romero, Francisco y Fuentes Navarro, María Candelaria (2011), “Los comunistas, la democracia y el campo. El ‘asamblearismo campesino’ y la difusión de valores democráticos entre la sociedad rural, 1962-1975”, en *La España rural, siglos XIX y XX: aspectos políticos, sociales y culturales*, eds. Teresa María Ortega López y Francisco Cobo Romero, Granada, Editorial Comares, pp. 219–255.

Colmeiro, José Francisco (2005), *Memoria histórica e identidad cultural: de la postguerra a la postmodernidad*, Barcelona, Anthropos Editorial.

del Arco Blanco, Miguel Ángel (2010), “El estraperlo: pieza clave en la estabilización del régimen franquista”, *Historia del Presente*, 15, pp. 65–78. <http://hdl.handle.net/10481/32351>.

Del Molino, Sergio (2016), *La España vacía: viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner.

Del Molino, Sergio (2021), *Contra la España vacía*, Madrid, Alfaguara.

Díaz, Benito (2016), “Tiempos de violencia desigual: guerrilleros contra Franco (1939-1952)”, *Vínculos de Historia*, 5, pp. 105–120.

Espinosa Maestre, Francisco (2012), “La represión franquista. Las circunstancias de la muerte”, *Boletín Galego de Medicina Legal e Forense*, 18, pp. 47–54. <http://www.agmf.es/boletines/boletin18.pdf>.

Faber, Sebastiaan (2018), *Memory Battles of the Spanish Civil War: History, Fiction, Photography*, Nashville, Vanderbilt University Press.

Font i Agulló, Jordi (2004), “Nosotros no nos cuidábamos de la política. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959”, *Historia Social*, 49, pp. 49–66. <https://www.jstor.org/stable/40340905>.

Gibson, Ian (2018), *El asesinato de García Lorca*, Barcelona, EDICIONES B.

Gómez López-Quiñones, Antonio (2006), *La guerra persistente*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert.

González de Molina, Antonio Herrera (2009), “Otra lectura de la Transición española es posible. La democratización del mundo rural (1975-1982)”, *Ayer*, 74, pp. 291–240. <https://www.jstor.org/stable/41326021>.

González de Molina, Antonio Herrera (2011), “Los socialistas y la construcción de la democracia en el mundo rural durante la Transición Política, 1975-1986”, en *La España rural, siglos XIX y XX: aspectos*

- políticos, sociales y culturales*, eds. Teresa María Ortega López y Francisco Cobo Romero, Granada, Editorial Comares, pp. 353–373.
- Graham, Helen (2013), *Breve historia de la guerra civil*, Barcelona, Planeta.
- Guzmán-Simón, Fernando (2022), “La «Generación Beat» en la España de la Transición política o el ejemplo de Miguel Romero Esteo y Fernando Merlo”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 13, pp. 212–241, <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.212-241>.
- Halbwachs, Maurice (1992), *On Collective Memory*, Chicago, University of Chicago Press.
- Hellín Nistal, Lucía (2022), “Campo cerrado de Max Aub: mecanismos y función social de la representación histórica”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 13, pp. 242–265, <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.242-265>.
- Izquierdo, José María (2002), “Maquis: Guerrilla antifranquista. Un tema en la literatura de la memoria española”, *Romansk fórum*, 16, pp. 105–116. <https://www.uv.es/cerverab/Izquierdo.pdf>.
- Kalyvas, Stathis (2006), *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Labanyi, Jo (2006), “Historias de víctimas: la memoria histórica y el testimonio de España contemporánea”, *Iberoamericana (2001-)*, 6(24), pp. 87–98. <https://www.jstor.org/stable/41661175>.
- Lauge Hansen, Hans y Cruz Suárez, Juan Carlos (2012), “Literatura y memoria cultural en España (2000-2010)” en *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la novela española sobre la Guerra Civil y el Franquismo (2000-2010)*, eds. Hans Lauge Hansen y Juan Carlos Cruz Suárez, Nueva York, Peter Lang, pp. 21–41.
- Liikanen, Elina (2012), “Pasados imaginados. Políticas de la forma literaria en la novela española sobre la Guerra Civil y el Franquismo” en *La memoria novelada. Hibridación de géneros y metaficción en la*

novela española sobre la Guerra Civil y el Franquismo (2000-2010), eds. Hans Lauge Hansen y Juan Carlos Cruz Suárez, Nueva York, Peter Lang, pp. 43–53.

Luengo, Ana (2004), *La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea*, Berlín, Edition Tranvía.

Marco, Jorge (2012), “Debemos condenar y condenamos. Justicia militar y represión en España (1936-1948)”, en *Franco: la represión como sistema (1936-1948)*, ed. Julio Aróstegui Sánchez, Barcelona, Flor del Viento, pp. 190–229.

Marco, Jorge y Aróstegui, Julio (eds.) (2008), *El último frente. Resistencia armada en la posguerra. España, 1939-1952*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Molloy, Sylvia (1984), “Recuerdo, historia, ficción”, en *La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Inst. Int. De Literatura Iberoamericana*, eds. Raquel Chang-Rodríguez y Gabriella de Beer, Nueva York, The City College, pp. 253–258.

Moreno-Seco, Mónica (2002), “Creencias religiosas y política en la dictadura franquista”, *Pasado y memoria*, 1, pp. 111–130. <http://dx.doi.org/10.14198/PASADO2002.1.05>.

Navarro de Castro, Rafael (2019), *La tierra desnuda*, Madrid, Alfaguara.

Ortega López, Teresa María (2011), “Campesinos y jornaleros bajo el franquismo. Represión, disentimiento y conflictividad en el campo español, 1939-1975”, en *La España rural, siglos XIX y XX: aspectos políticos, sociales y culturales*, eds. Teresa María Ortega López y Francisco Cobo Romero, Granada, Editorial Comares, pp. 289–317.

Paniagua, Ángel (2016), “Visiones en off de la despoblación rural en el franquismo”, *AGER. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, 20, pp. 139-160. <https://doi.org/10.4422/ager.2015.10>.

- Preston, Paul (2011), *El holocausto español: odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, Ebook.
- Preston, Paul (2018), *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Barcelona, Debate.
- Resina, Joan Ramon (2000), “Short of Memory: the Reclamation of the Past Since the Spanish Transition to Democracy”, en *Disremembering the Dictatorship. The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*, ed. Joan Ramón Resina, Amsterdam, Editions Rodopi, pp. 83–125.
- Riesco Roche, Sergio (2006), “Una reflexión sobre la contrarreforma agraria como medio represivo”, *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 6. <http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d019.pdf>
- Riesco Roche, Sergio y Rodríguez-Jiménez, Francisco (2016), “Policía rural y mercados de trabajo agrario en la Segunda República española: el caso de Santa Marta (Badajoz), 1931-1936”, *Revista de Agricultura e Historia Rural*, 70, pp. 101–130. <http://hdl.handle.net/10234/166635>.
- Stafford, Katherine O. (2015), *Narrating War in Peace: The Spanish Civil War in the Transition and Today*, Nueva York, Springer.
- Todorov, Tzvetan (2013), *Los usos de la memoria*, Santiago, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.
- Tronsgard, Jordan (2011), “Ironic Nostalgia: The Second Republic Today in Manuel Rivas’s ‘El lápiz del carpintero’”, *Anales de la literatura española contemporánea*, 36(1), pp. 225–247. <http://www.jstor.org/stable/41329543>.